

del libro, aunque no supiéramos que R. Fabris es Profesor de Exégesis del N. T. en el Seminario católico de Udine y Gotizia.

Las perspectivas y las técnicas de estudio empleadas son las usuales actualmente en esta disciplina: predominio de los métodos histórico-críticos, con un acercamiento a los «criterios de historicidad», disciplina, por lo demás, bien esperanzadora. El A., buen conocedor de su oficio, recorre su iter expositivo con rigor y erudición, sin sobrecargar de citas el texto, con lo que consigue hacerlo amable, y con un talante premeditadamente reposado, sereno y —dentro de lo que es posible en este campo de estudio— objetivo. Logra excelentes y claras exposiciones, con datos suficientes dentro de la brevedad del plan que se ha propuesto: por ejemplo, toda la síntesis del cap. I y la primera parte del cap. II, o las páginas que dedica al debate actual sobre Jesús entre judíos y ateos (primera parte del cap. X).

No entra en el propósito de R. Fabris adentrarse en planteamientos más directos y comprometidos sobre el misterio de la identidad de Jesús. A este respecto, pueden resultar insuficientes e incoloras las páginas dedicadas (en la segunda parte del cap. X) a la reseña de las recientes Cristologías cristianas: quizás un lector que no esté enterado de la cuestión por otro conducto, no saque mucho en limpio sobre el pensamiento cristológico de los autores pasados rápidamente en revista: Rahner, Pannenberg, Moltmann, Kasper, Küng, Schillebeeckx, Duquoc, Boff y Sobrino. Sin embargo, R. Fabris está en su derecho de haber planteado su libro dentro de una razonada recopilación del estado de las investigaciones crítico-literarias. Desde ese propósito ha realizado una síntesis útil y valiosa.

J. M. Casciaro

Roy A. ROSENBERG, *Who Was Jesus?*, University Press of America, Lanham-New York-London 1986, VII + 123 pp., 13 x 21.

El título del libro parece indicar cuál ha sido el propósito del A. La respuesta va articulándose a través de una temática relativamente amplia y muy condensada en su desarrollo: I. Ideas generales sobre las diversas concepciones acerca del Mesías en los tiempos de Jesús (pp. 5-17).- II. Jesús en el marco del judaísmo contemporáneo (pp. 19-33).- III. El Discurso de la Montaña en cuanto resumen de la enseñanza de Jesús (pp. 35-57).- IV. La Última Cena en su ambientación judaica (pp. 59-65).- V. Consideraciones acerca del Juicio y Crucifixión de Jesús (pp. 67-73).- VI. Presentación del Evangelio según San Juan (pp. 75-79).- VII. Recapitulación sobre ¿Quién fue Jesús? (pp. 81-93). Termina el libro con un Epílogo conclusivo (pp. 95-96), al que siguen las Notas bibliográficas de los capítulos precedentes (pp. 97-109), un excursus acerca del Secreto Mesianico (pp. 111-114), un Índice de materias (pp. 115-117) y un Índice de textos bíblicos (pp. 119-123).

La lectura del libro deja claro que, para el A., Jesús de Nazaret fue un hombre de profundos sentimientos religiosos y de gran inteligencia, al que hay que situar, con notables peculiaridades, entre los rabinos de su tiempo, que gozaban de gran libertad en la interpretación halákhica y aggádica de la Toráh y, en general, de todo el A.T. En esta línea, el A. muestra su interés por recuperar la figura de Jesús para la historia del judaísmo y de su influencia en la Historia universal. Sigue la pauta, ya conocida, de antiguos racionalistas, consistente en intentar mostrar que cuanto hay de bueno y noble en la enseñanza y la conducta de Jesús se en

cuentra, de una u otra forma, en el judaísmo; mientras que lo presumiblemente «peculiar» resulta exagerado y menos razonable. Se aprecia en el A. —rabino del 'Temple of Universal Judaism' de Nueva York—, cierta incapacidad para entender con imparcialidad y hondura la figura y enseñanza de Jesús. Sin embargo, parece haber algo positivo en el libro del Dr. Rosenberg: su interés y simpatía por el «personaje» de Jesús y por su talla religiosa, desfigurada, según dicho A., por los escritos del N.T., especialmente por el Evangelio de San Juan y las epístolas paulinas. Igualmente resultan también interesantes, para el lector cristiano, algunas consideraciones exegéticas desde el punto de vista judío, aunque no sean aceptables en sus respectivas apreciaciones.

Parece fuera de lugar a estas alturas el intento del Dr. Rosenberg por demostrar que la forma de dirigirse Jesús a Dios en la oración con el vocablo Abba (Padre) sea una antigua práctica judaica (p. 54, lin. 5; cfr. pp. 53-55). Fuerza la interpretación de los textos para cargar sobre los romanos (Pilato) la responsabilidad de la muerte de Jesús (pp. 70 ss). Encontramos, de igual modo, interpretaciones forzadas, e incluso críticamente insostenibles, de diversos pasajes del Discurso de la Montaña, de la Última Cena y del Proceso de Jesús. El lector podrá juzgar de afirmaciones como, por poner sólo un ejemplo, la de la pág. 75 (final del párrafo 2º): «Es muy probable que si el evangelio de Juan no hubiera sido escrito, el Cristianismo no habría persistido los dos mil años transcurridos».

Por todo ello —y muchas cosas más— es muy difícil apartar la impresión de que el A. pretende, en definitiva, mostrar a sus correligionarios que Jesús de Nazaret no fue el Mesías, y mucho menos el Hijo de Dios en el sentido fuerte de esta expresión y de la

fe de los cristianos. El camino para llegar a esa conclusión está revestido de un poquito de erudición pero parcialmente interpretada. Se apoya bastante en el libro de Etan Levine, *Un judío lee el Nuevo Testamento* (Madrid, Ed. Cristiandad 1980) y en el de Géza Vermès, *Jesus the Jew* (London 1973), pero bajando de nivel la altura intelectual y el talante humano de esos dos autores.

J. M. Casciaro

PATROLOGIA

San Atanasio, *La Encarnación del Verbo*, Traduc. José C. Fernández Sahelices, Ed. Ciudad Nueva («Biblioteca de Patrística», 6), Madrid 1989, 115 pp., 13,5 x 20.

«La Encarnación del Verbo» constituye la segunda parte de una obra mucho más amplia, que incluye también el tratado «Contra los paganos», y fue escrito por Atanasio, el gran Obispo de Alejandría y defensor de la fe ante la herejía arriana, durante el primer destierro en los años 335-337.

Dirigido todavía a un mundo sin evangelizar, el tratado se refiere a lo esencial, apuntando hacia una exposición orgánica de la fe cristiana que asume como punto de referencia la manifestación del Verbo en la carne. Según Atanasio, el Verbo se ha revelado en un cuerpo para restituir al hombre, creado de la nada y formado a imagen de Dios, la incorruptibilidad y el conocimiento de Dios. Así, mediante su cuerpo, el Verbo paga la deuda del hombre pecador y vence la muerte volviendo a reconquistar el don de la inmortalidad que transmite a todo el género humano: visión paulina y joánica a la vez, redención-rescate, redención como don de la vida eterna. Esto se hi-